

RESEÑAS

José-Leonardo RUIZ SÁNCHEZ (coord.), **La Iglesia en Andalucía durante la Guerra Civil y el primer franquismo**, Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 2014, 509 p., ISBN 978-84-472-1567-6

La historia del catolicismo español en las primeras décadas del siglo XX estuvo marcada por la existencia de un anticlericalismo que fue utilizado como un elemento común denominador en los juegos de alianzas de los diversos partidos de izquierdas desde el comienzo del siglo XX. Se fomentó, en consecuencia, entre sus adeptos una clerofobia durante toda esa época, al culparse a los católicos y su clero de las dificultades en aplicar su programa político, que culminó en una violencia nunca vista hasta ese momento durante la guerra civil. En las primeras semanas, las víctimas cayeron sin juicios ni procesos de ningún tipo. Fueron juzgadas rápidamente por alguno de los comités del Frente Popular o grupos en defensa del mismo constituidos en casi todas las ciudades y pueblos que permanecieron en la España republicana. En 1961, Antonio Montero Moreno, en su clásico estudio sobre la persecución religiosa, argumentó la cifra de 6.382 personas consagradas a Dios que fueron asesinadas en la persecución religiosa desencadenada en la España republicana (4.184 clero secular, 2.365 religiosos y 283 religiosas). Desde entonces, las investigaciones posteriores han corregido y aumentando el número de víctimas, por ejemplo, se ha elevado hasta 296 el número de re-

ligiosas asesinadas. No debe olvidarse que, en 1922, los comunistas soviéticos habían asesinado a 2.691 popes, 1.972 monjes y 3.447 monjas del clero ortodoxo en el antiguo imperio de los zares, siendo éste numéricamente superior al hispano.

La experiencia de esos acontecimientos motivó que numerosos católicos apoyaran una necesaria pastoral de reconquista, una nueva evangelización, para evitar masacres como las vividas. Esa pastoral se intentó llevar a cabo durante el primer franquismo, y de esa manera el Nuevo Estado apoyó un proyecto de restauración social católica que –entre otros aspectos– intentó llevar a cabo la aspiración integrista de la unidad nacional y religiosa, pretendiendo recuperar, de ese modo, los derechos de los siglos regalistas. El proyecto tuvo que enfrentarse a ciertas disputas con sectores falangistas –celosos de su poder frente a cualquier injerencia clerical de la jerarquía–, así como a sectores ligados al posibilismo católico. Sonaba, en palabras del padre Pedro Cantero, “la hora católica de España” y había que aprovecharla para restaurar plenamente la sociedad cristiana en la unidad católica de la nación, combatiendo los restos y herencias de la secularización, la masonería y el anticlericalismo republicano. Muchas de las

líneas de actuación que los católicos comenzaron a desarrollar en la posguerra en apoyo a dicha restauración, sin embargo, fueron imitación o derivación de manifestaciones anteriores, aunque también hubo novedades interesantes en otros campos. Y éste es el telón de fondo histórico donde se desenvuelve el presente volumen, fruto del intenso trabajo de un grupo de investigación de la Universidad de Sevilla, bajo la dirección del catedrático José-Leonardo Ruiz Sánchez.

El conjunto de trabajos resulta de una gran diversidad, aunque dentro de una misma línea cronológica y un mismo objeto de interés historiográfico. Varios artículos analizan la violencia contra el clero en la España republicana y el abanico de reacciones frente a este hecho (“Las raíces de la recatolización: la extinción de la Iglesia católica en la Granada republicana”, “Miedo, humo y muerte. Clero y obispos en Andalucía, 1936-1939”, “Catacumbas en Almería. La odisea de los católicos en la clandestinidad”). A este mismo grupo se sumarían los análisis sobre la experiencia personal de sacerdotes recogidos en testimonios documentales (“Vicisitudes de un seminarista en la guerra. Memorias de D. Rafael Romero Robles”, “Sin olvidar a Dios haciendo la guerra con el Frente Popular. Las vicisitudes del sacerdote accitano José María Martínez Castro”).

No se olvida dedicar algún estudio a aspectos cronológicamente pretéritos, como los problemas, deficiencias, estilo de formación del clero que sería

protagonista —objetivo más bien— de los hechos descritos anteriormente (“Secularización y formación clerical en la España de la Restauración”, “La formación del clero sevillano”). Así como a los conflictos entre católicos y grupos políticos de la España nacional, como los carlistas y los falangistas (“Los pecadores de la Falange y el cardenal Segura. Una historia desde abajo y desde el detalle”, “Boinas rojas sobre el Guadalquivir. La interiorización del carlismo”).

Durante la guerra, en la España bajo dominio del Frente Popular fueron salvados numerosos miembros del clero de una muerte segura en aquellas ciudades donde pudo desplegarse la acción humanitaria de las Misiones extranjeras, tema que centra uno de los capítulos (“Actuaciones del Cuerpo Diplomático extranjero ante la persecución religiosa en la Guerra Civil”). El asilo diplomático desplegado en Madrid logró salvar la vida de, al menos, 394 miembros del clero y, teniendo en cuenta que en la diócesis se asesinó a 962, el número no resulta, desde luego, despreciable. Sin embargo, las cifras de asilados que fueron miembros del clero no resultan definitivas, pues son aproximaciones. De manera consciente, inconsciente o disimulada, numerosos funcionarios de las Misiones extranjeras, mediante sus acciones humanitarias, favorecieron la persistencia del culto católico en la clandestinidad en el territorio controlado por el Frente Popular durante los tres años de guerra. Según los casos que se analizan en el libro, cada uno

en la medida de sus posibilidades, circunstancias o voluntad, teniendo en cuenta además que esa asistencia religiosa no sólo se desarrolló entre los miles de asilados sino también entre el resto de la población española. La persecución religiosa fue conocida en el mundo a través del Cuerpo Diplomático extranjero —entre otras fuentes—, y parte importante del mismo no dudó en asilar a católicos y clero para evitar su asesinato, lo cual motivó —entre otros factores— el desprestigio internacional de la España republicana para numerosos Gobiernos extranjeros y, en otros, la creación de una losa de recelo.

Finalmente, un tercer grupo de estudios analiza las estrategias, medios, apoyos y obstáculos al proyecto de reconquista católica (“De Sevilla la roja a la tierra de María Santísima. La recatolización de Sevilla”, “La religiosidad popular como elemento de adhesión al primer franquismo. Una aproximación al caso de Sevilla”, “La

prensa católica en Andalucía Occidental en la posguerra. Los casos de Cádiz y Sevilla”, “Un caso singular: fray Albino González Menéndez, obispo de Córdoba”).

En conjunto, la obra de estos trece historiadores, pertenecientes a diversas instituciones y universidades, resulta atractiva por la novedad de enfoques y la valentía de los temas, políticamente incorrectos todavía para algunos sectores de nuestro contemporaneísmo. Tan sólo apuntar que, quizá, hubiera sido mejor un índice más claro para el lector, agrupando los artículos por temas o periodos cronológicos, de una manera más o menos generosa. En todo caso, sus investigaciones resultan de obligada consulta para los interesados en el tema y en la España de aquel tiempo. Sobre todo para evitar los mismos errores y los mismos dramas humanos.

ANTONIO MANUEL MORAL RONCAL

Caín SOMÉ LASERNA, *La Sevilla carlista de 1833-1840. Levantamiento y represión*, Madrid: Editorial Actas, 2014, 275 p., ISBN 978-84-9739-143-6

En las historias clásicas sobre las guerras carlistas, Andalucía aparecía como el teatro de la famosa expedición del general Gómez y algún que otro pequeño aspecto. Todo parecía indicar que la región apenas había tenido protagonismo y bases carlistas en el siglo XIX, por lo que la labor de Manuel Fal Conde al frente del carlismo andaluz, durante el azaroso quinquenio republicano (1931-1936), fue

considerada por todos como el nacimiento propio de esta corriente política en el sur español.

Sin embargo, lejos de la realidad, Sevilla nunca permaneció ausente como ha demostrado el estudio de Caín Somé. Si retrocedemos a los orígenes del carlismo, no fueron pocas las familias que se vincularon con los ideales tradicionalistas durante diferentes generaciones; no fueron pocas